

---

## Juan F. Franck

Director del  
Departamento de Filosofía  
de la Facultad de  
Humanidades de la  
Universidad de  
Montevideo



Adolfo SAYAGO, Sin título, óleo sobre tela, 80 x 100 cms.

## PROEMIO

# La filosofía y la Universidad. Una lección de antropología

Ante los veloces cambios en las sociedades modernas, la Universidad se ve una y otra vez en la necesidad de replantearse su cometido. Investigación y docencia suelen ser los rótulos principales que designan lo que se espera de ella, aunque no faltan quienes tienen buenas razones, como Ortega y Gasset,<sup>1</sup> para pensar que la investigación debe hacerse en otro ámbito. Por otra parte, apenas hay quien se inscriba en una carrera universitaria sin haber considerado su posible

futuro laboral. Así, en pocas líneas tenemos ya los elementos cuyo contrapunto define el carácter de la Universidad, a saber la relación entre el estudio y el trabajo, entre la teoría y la praxis.

Los desafíos que enfrenta hoy la Universidad van desde actualizar su relevancia en la sociedad hasta la búsqueda de fuentes de financiación, pasando por la renovación de los modos y los objetivos de la enseñanza. Muchos son los factores que exigen una inusitada flexibilidad

1 Cf. su *Misión de la Universidad* (1930), varias ediciones.

para adaptarse a las nuevas realidades sin perder el norte: los cambios en la educación secundaria, la opresiva “cultura” visual, la engañosa facilidad del “acceso a la información”, el hecho de que la madurez para los estudios superiores se alcanza más tarde que antes, etc. Por si esto fuera poco, la presión del mundo laboral para que la Universidad lo provea de profesionales con una preparación adecuada no deja de aumentar. En este sentido, es cierto que a menudo las casas de altos estudios acercan poco a los estudiantes a la realidad concreta del mundo laboral que deberán enfrentar. Pero cabe constatar una tendencia cada vez mayor en sentido contrario, a saber a no apartarlos lo suficiente, o al menos adecuadamente, de esa realidad. Hay que ser consciente de que lo que se pone en cuestión al atar muy estrechamente los estudios universitarios a las exigencias del mundo del trabajo, es el sentido de lo académico, su naturaleza propia y también su lugar en el conjunto de la sociedad. Aunque quizás sea más correcto decir que de esa manera se da ya una respuesta a la pregunta por lo académico, si bien no la más adecuada a esta venerable institución.

Entre los muchos ensayos dedicados a la Universidad, destaca en mi opinión el breve pero imperdible librito de Josef Pieper: *Was heisst akademisch?* [¿Qué significa académico?]. En castellano fue publicado con el título *Lo académico, el funcionario y el sofista*, como tercera parte de *El ocio y la vida intelectual*.<sup>2</sup> Como todas las obras de Pieper, va directamente a lo esencial, con un lenguaje claro y un estilo sin rodeos. Me parece de lectura obligada para quien se haya interrogado por la raíz última de la Universidad. Por supuesto, no se encontrarán en él consejos puntuales para la “gestión” universitaria, para la articulación de las diversas áreas, ni mucho menos sobre cómo obtener más fondos para la investigación. Se trata de un ensayo filosófico sobre la Universidad, es decir, de un intento de alcanzar el sentido último de lo académico. Y precisamente en la esencia de lo académico, Pieper encuentra el acto filosófico, que contiene a su vez una enseñanza fundamental sobre el hombre. De allí que en la manera de concebir la Universidad se refleja una determinada visión del mundo y del hombre. Comentaré en estas páginas sólo algunas de sus importantes consideraciones.

<sup>2</sup> PIEPER, Josef: *Lo académico, el funcionario y el sofista*, en *El ocio y la vida intelectual*. Rialp, Madrid 1998, pp. 171-228. Edición original: *Was heisst akademisch?*. Kösel, München 1952. La edición de 1964 fue ampliada con un magnífico ensayo, hasta ahora no traducido al castellano, que lleva el título: *Offenheit für das Ganze* [Apertura al todo]. Cito por la edición de 1964, con traducciones mías, indicando entre paréntesis la página de la edición de Rialp, si corresponde.

## Lo académico es lo filosófico. Filosófico significa “teorético”

Con el término “académico” solemos designar lo propio de la Universidad, pero es notable que algunos de los diversos significados que la palabra ha adoptado expresan más bien lo opuesto. En su primera acepción, Academia era el nombre que recibía la escuela fundada por Platón por su cercanía con el bosque dedicado al héroe Academo. Posteriormente, sin embargo, pasó a significar el escepticismo de quienes quedaron al frente de dicha escuela, tanto que incluso para Cicerón y luego para San Agustín, *accedemici* son los filósofos que, desdeñando toda la enseñanza platónica, desesperan de que el hombre pueda alcanzar certeza alguna. Pero ¿en qué consiste propiamente lo académico? ¿Qué es o qué debería ser lo distintivo de la Universidad?

No sólo en cuanto al nombre, sino también en cuanto a lo que realmente pretende, la Universidad nos retrotrae a la Academia fundada por Platón. Es cierto que la formación para el ejercicio profesional es una novedad de las Universidades medievales y estaba

ausente de la escuela platónica, pero en ésta se encontraba realizado de manera ejemplar lo que debe ser la Universidad, no en cuanto a una determinada estructura u organización, sino por la profunda experiencia que movía a Platón y a sus discípulos. El motivo fundamental que reunía a los miembros de la escuela platónica era la búsqueda filosófica de la verdad, la amorosa tensión que no se satisface más que con la manifestación de la realidad, como ella es en sí misma, ya que la verdad no es otra cosa que la manifestación de la realidad.<sup>3</sup> “Académico” significa entonces “filosófico”. La mirada académica, universitaria, sobre las cosas, es una mirada filosófica. Pero ¿qué es la filosofía?

“Filosófico” – con ello no se quiere indicar de ninguna manera un conjunto de enseñanzas o doctrinas, sino... una manera de considerar el mundo”.<sup>4</sup> La filosofía se distingue de toda otra forma de conocimiento por su mirada teorética. Si a su vez consultamos el Diccionario de la Real Academia Española, encontramos la siguiente definición de “teorético”: “que se dirige al conocimiento, no a la acción ni a la práctica”. “Teoría” es otro de esos términos cuyo significado

<sup>3</sup> *Verum est manifestativum esse*, según la conocida afirmación de Hilario de Poitiers.

<sup>4</sup> PIEPER: *Was heisst...*, p. 18 (179).

auténtico no nos resulta hoy para nada evidente, a lo que se añade el agravante de que en la actualidad tiene un sentido casi opuesto al originario. Hablamos de teorías científicas para referirnos a modelos que deberán luego ser más o menos confirmados por la observación o mediante experimentos, o también a una explicación complicada, por lo general alejada de la realidad. Una frase como: “¡eso son teorías!” significa más bien que alguien pretende forzar la realidad para que entre en sus esquemas. Pero “teoría” proviene, a través del latín *theoria*, del griego *theorein*, que significa mirar atentamente, contemplar. Tiene la misma raíz que “teatro”. En la antigüedad griega, las tragedias se representaban en construcciones semicirculares –anfiteatros– que daban por lo general sobre un paisaje abierto. Los espectadores no sólo presenciaban la obra, sino que su mirada descansaba en un magnífico espectáculo natural.<sup>5</sup> *Theorein* es un mirar atenta y receptivamente; lo contrario, entonces, de elaborar un modelo o una hipótesis desde la cual acceder a la realidad de las cosas. Sin embargo, es una actividad que supone una intensa atención del espíritu, pero se trata de una actividad fundamentalmente

receptiva y abierta a la realidad, que no busca dominarla sino impregnarse de ella.

La actitud teórica es contemplativa y se opone a la actitud práctica o pragmática, que mide las cosas por su utilidad y ve en ellas únicamente lo que sirve o no a su propósito. Lo distintivo de lo académico es que el conocimiento no se busca por su utilidad, sino por sí mismo. Está claro que el conocimiento tiene una aplicabilidad, sobre todo el de las ciencias particulares, pero si ése es exclusivamente el fin buscado en la Universidad, la formación deja de ser académica. Subrayar la superioridad de la *theoria* no implica estigmatizar la *praxis*, ya que no sería posible suprimir de la vida humana la búsqueda de fines prácticos. Pero sí exige que sea respetado el recto orden entre ambas. En última instancia, la utilidad de una cosa se desprende de su misma naturaleza, y es precisamente la *theoria* la disposición que permite al hombre conocer lo que una cosa es, en la medida en que se abre receptivamente a ella, sin prejuicios ni estrecheces. La actitud puramente pragmática suele precipitarse y, en consecuencia, muchas veces no consigue lo que busca.

<sup>5</sup> Lo explica magníficamente Emilio KOMAR en su *Curso de metafísica (1972-1973)*. I. *Inmanencia y trascendencia*. Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2008, p. 15.

La filosofía expresa la forma más alta de contemplación, es la realización más pura de la *theoria*, ya que pregunta por el *ser* mismo de las cosas. Lo que despierta el filosofar en el hombre es el asombro ante la realidad, es decir el rendirse ante el hecho maravilloso de que las cosas —el mundo y él mismo— *sean*, y preguntarse entonces qué significa eso mismo, que las cosas *sean*. Evidentemente, no cabe esperar ningún resultado útil de un cuestionamiento de ese tipo, así como tampoco una respuesta definitiva, que deje plenamente satisfecho a quien así pregunta. Pero no por eso hay que considerar la pregunta como desprovista de sentido, sino al contrario, como máximamente significativa. Recordemos sólo a Aristóteles, quien dice de la filosofía primera que “todas son más necesarias que ella, pero ninguna es más digna”.<sup>6</sup>

Filosófica es la mirada que se dirige únicamente a la verdad y a ninguna otra cosa. No se trata en primer lugar de que las Universidades tengan una Facultad, un Departamento o materias de filosofía en todas las carreras, sino de que cada disciplina sea cultivada filosóficamente: “No es la filosofía como materia, junto a otras materias, lo que hace que un

curso de estudios reciba el carácter intrínseco de lo académico, sino la filosofía como principio, como *modus* de considerar y de relacionarse con el mundo”.<sup>7</sup> Si la Universidad ha de ser algo más que un centro de formación para el ejercicio profesional, entonces su alma ha de ser la mirada filosófica, es decir teórica. Por otra parte, ¿en qué consistiría la tan mentada libertad académica si no es precisamente en no estar al servicio de ningún fin práctico, cualquiera sea su nombre, sino en dejarse vencer sólo por la verdad, es decir por la realidad que se manifiesta al hombre?

Pieper hace notar que la *theoria*, y que el hombre sea capaz de ella, tiene también sus fundamentos y sus condiciones, y es aquí donde el concepto de lo académico revela toda su profundidad. La mirada teórica presupone que el mundo tiene un sentido y que no es simple material a disposición del arbitrio humano. Presupone también que el hombre no es la medida de todas las cosas, pero que tiene la capacidad de recibir en sí esa medida, si se dirige al mundo de manera contemplativa y con una actitud reverencial y de respeto. Podríamos llamar metafísico al primer supuesto, que lleva finalmente a reconocer que el mundo,

<sup>6</sup> ARISTÓTELES: *Metafísica*, I, 2, 983 a 10.

<sup>7</sup> PIEPER: *Was heisst...*, p. 32 (188).

toda la realidad, incluido el hombre, refleja la sabiduría de un ser infinito, y que el conocimiento humano es sólo un pálido reflejo de esa sabiduría. El segundo presupuesto es más bien antropológico y expresa la naturaleza del espíritu humano, que consiste, como dice Tomás de Aquino, en la capacidad de *convenire cum omni ente*, de coincidir intencionalmente con todo lo que es.<sup>8</sup> La experiencia que animaba a la Academia platónica se puede resumir en estas dos afirmaciones: no el hombre, sino Dios es la medida de todas las cosas y el acto más propio del espíritu humano es el existir en tensión hacia la totalidad de lo que es, en la búsqueda amorosa de la sabiduría. Se trata en ambos casos de expresiones tomadas de los diálogos platónicos.<sup>9</sup>

Decíamos que la naturaleza de lo académico encerraba una afirmación sobre el hombre mismo. En efecto, mientras que los animales viven en un “mundo circundante” [*Umwelt*], constituido sólo por lo que es conveniente o nocivo para ellos, la relación del hombre con la realidad es incomparablemente más profunda.

No está hecho de modo que sólo pueda percibir lo útil o dañino. En consecuencia, su conducta no responde exclusivamente al interés, ya sea en la propia conservación o en la perpetuación de su especie. Al poder preguntarse por el ser, también por su propio ser, el hombre trasciende la esfera de las preocupaciones prácticas. No está entonces limitado a un “mundo circundante”, sino que vive en el “mundo”, es decir que existe, como dice Pieper en varios de sus escritos, *vis-a-vis de l'univers*,<sup>10</sup> de cara al universo. Es ésta la experiencia encarnada en la Universidad: que lo distintivo del espíritu humano están en la apertura a la totalidad de lo que es.

Por otra parte, mientras que cada ciencia se define por su delimitación respecto de otra —la química tiene un determinado punto de vista, distinto del de la física, la biología, etc.— la filosofía mira al conjunto del mundo. Si quiero entender hasta el fondo, de manera completa, qué es esto o aquello, no desde una determinada perspectiva, sino totalmente, estoy ya haciendo una pregunta filosófica.

<sup>8</sup> AQUINO, Tomás de: *Quaestio disputata de veritate* 1, 1c.

<sup>9</sup> Cf. PLATÓN: *Leyes*, 716 c 5 y *República*, 486 a 5.

<sup>10</sup> PIEPER: *Was beisst...* p. 91. Cf. también *¿Qué significa filosofar?*, en *El ocio y la vida intelectual*, p. 110; *La verdad de las cosas*, en *El descubrimiento de la realidad*, Rialp, Madrid 1974, p. 225. Pieper usa también a menudo la expresión *capax universi* —capaz del universo, de la totalidad— para referirse al espíritu humano.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 108.

Y si dejara de lado algún aspecto legítimo, ya no estaría haciendo filosofía. Considerar filosóficamente un objeto significa considerarlo bajo “todo aspecto pensable”.<sup>11</sup> Ningún saber legítimo puede quedar afuera: ninguna ciencia, ni la historia, ni tampoco la teología. Sí, sería poco filosófico excluir la teología; hasta habría que decir que la razón por la que debe integrar los programas universitarios no es confesional, sino que se sigue estrictamente de lo que define a la Universidad misma. “Un hombre verdaderamente culto”, escribe Pieper, “es aquel que conoce qué sentido tiene el mundo en su conjunto, por más imperfecto que sea ese saber”.<sup>12</sup> Ésta es la pretensión a la vez inalcanzable e ineludible de la filosofía, así como también lo que caracteriza el impulso vital que anima a la Universidad.

Por más “actualizados” que queramos estar, qué es lo académico, no se aprende necesariamente mirando a lo que de hecho “son” o “hacen” hoy las Universidades, ya que bien podrían estar lejos de lo que “deben ser”. Pero tampoco podríamos saberlo únicamente consultando la historia. No es sólo la tradición lo que está detrás, sino una experiencia vital fundamental. Podremos tener la apariencia

—edificios, exámenes, biblioteca, publicaciones...— pero lo académico ocurre en el hombre individual, ya que “[s]ólo las personas que componen la Universidad pueden realizar la apertura a la totalidad de que hemos hablado”.<sup>13</sup> Y así como es en la persona que se realiza lo académico, también en ella puede marchitarse ese mismo impulso.

## La corrupción de lo académico

La actitud del espíritu orientado a la verdad y a ninguna otra cosa puede sufrir dos tipos fundamentales de negación. La primera es la de quien niega de manera expresa esa actitud. Pieper lo llama el “trabajador”, o también el “funcionario”, aclarando que no se refiere a una clase social determinada, sino a la figura paradigmática de quien hace de la praxis y de la búsqueda de lo útil el criterio último. El “trabajador” encarna esa herencia de la modernidad para la que el hombre debe llegar a *dominar* la naturaleza mediante el progreso de la técnica, y que, por consiguiente, no ve en la apertura receptiva ante las cosas, propia de la *theoria*, la verdadera nobleza del espíritu humano.

<sup>12</sup> PIEPER: *Was heisst...*, p. 92.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 101.

La segunda negación de lo académico es aún más peligrosa, ya que tiene todas las apariencias de su contrario e incluso se define por un cierto “humanismo”. Se trata del “sofista”, cuya relación con la verdad está corrompida porque se interesa sólo por lo formal y extrínseco. Que el sofista también representa una corrupción de lo académico no es tan claro a primera vista, precisamente porque hace alarde de estar infinitamente por encima de quien se mueve sólo por lo útil. Pero el sofista es incapaz de *theoria*. Para él la medida de todas las cosas es el hombre y el hombre no puede conocer lo que las cosas son, pero sí puede configurarlas a su imagen o según sus necesidades. De allí que la “cultura” tenga en el fondo sólo un valor formal, porque no es una manera de participar en el sentido de la realidad.

Según Pieper, tres son las figuras que asume el sofista en el ámbito académico: el “erudito”, el “especialista” y el “escritor”. El “erudito”, representado por Hippias en la antigua sofística, es aquel que cree poder sustituir la sabiduría con la acumulación de conocimientos. El “especialista” es quien se encierra en una disciplina particular y no sólo desconoce la relación que su ciencia tiene con otras, sino que, sobre todo, es incapaz de considerar su objeto como algo que *es* y trascender así

la esfera de lo inmediato. La hiperespecialización es probablemente el defecto más denunciado de la Universidad de hoy, pero rara vez se dice por qué se opone a lo auténticamente académico y cómo habría que superarlo. De por sí, la especialización no es un mal, pero conspira contra lo académico cuando se presenta como suficiente y como criterio último de “seriedad”. En efecto, en ese caso supondría una negación más o menos explícita de la misma razón de existir de la Universidad. A su vez, la erudición, cuando está desprendida de lo verdaderamente académico, resulta sólo una pobre imitación, casi una mueca de la verdadera apertura a la totalidad.

La tercera figura sofística es la del “escritor”, la de quien antepone la forma al contenido. Lo importante para él no es lo que se diga, sino que esté bien dicho, que se adecue a las reglas comúnmente aceptadas. Vienen tal vez a la mente frases como: “¡Qué bien escribe!”, “mientras cite bien...”, “si la bibliografía está actualizada...”. Su figura más refinada en la Atenas de Sócrates y de Platón, es Gorgias, el nihilista, para quien en el fondo y a fin de cuentas sólo existe la nada. Ninguna de estas tres figuras trascienden tampoco la esfera de lo útil, ya que no sabrían qué objetar a una planificación de lo académico en vistas a fines



extrínsecos. En el fondo, nada hay que dé más fuerza al espíritu contra toda pretensión de sojuzgarlo que la decisión de rendirse sólo ante la verdad, y el sofista se ha impedido ese camino. Tanto el “funcionario” como el sofista han perdido la verdadera *libertad académica*, que ninguna catarata de donaciones puede hacer resucitar.

Está claro que estas afirmaciones pueden ser malinterpretadas. Alguien podrá preguntarse por qué habría que estar en guardia contra la especialización; si la cultura general no es un atributo propio del universitario; si acaso es posible que todos sepan filosofía; si no es exigible el respeto de ciertas formalidades al publicar un trabajo o al hacer una presentación; si la actitud filosófica, lejos de ser lo esencial, no sería más bien un impedimento para la vida universitaria, para la que el progreso parece ser un incuestionado *mot d'ordre*; si no habría que estar más atentos a conseguir los imprescindibles medios económicos, etc. Creo que quien así se interroge podrá encontrar en lo ya dicho al menos una primera respuesta a tales inquietudes. Me limito a reiterar que el lugar de la filosofía en la Universidad no consiste en que se impartan unos cursos de esa disciplina en todas las carreras, ya que algo así podría hacerse de manera muy poco filosófica, en el

sentido que acá se ha expuesto. Ni tampoco en que se prescinda por completo de la aplicabilidad de los conocimientos aprendidos en la Universidad ni de la búsqueda de fuentes de financiación. Lo decisivo es que lo que da vida a la filosofía, la búsqueda de la verdad y de ninguna otra cosa, anime el quehacer de todos los universitarios. Y si hay que ver como algo grave que la distinción entre *theoria* y *praxis* no interese, más grave aún es que se haya perdido la capacidad de percibirla.

## A modo de conclusión

El objetivo de estas breves páginas ha sido hacer reflexionar sobre lo distintivo de la vida académica. Recordar el origen histórico del término debe hacernos actualizar el mismo impulso que animaba a la escuela platónica: la búsqueda amorosa de la verdad y de ninguna otra cosa. En esto consiste propiamente lo académico, y también es lo que define a la filosofía. La justificación de la Universidad no está por lo tanto en que sirva a tal o cual finalidad, sino en que en ella se hace realidad la *theoria*, es decir la actitud contemplativa, dirigida al ser de las cosas, y de la cual únicamente cabe esperar una actividad fecunda.

En el fondo de esta disposición está la experiencia vital de que el espíritu humano es esencialmente apertura a la totalidad de lo que existe. La Universidad refleja entonces al espíritu humano, no en virtud de la convivencia uno junto a otro de departamentos científicos abocados cada uno a su propia especialidad, sino cuando cada disciplina es cultivada en ella de manera filosófica, es decir con la mirada dirigida a la totalidad, inquiriendo por el ser de las cosas y no buscando un resultado inmediato.

La corrupción del espíritu filosófico coincide con la corrupción de lo académico, aunque no sea fácil ver la conexión entre ambas cosas. Y por lo que hemos dicho, lo que se juega es más que una estructura educativa en particular: se trata de una visión global del mundo y del hombre. La negación de la *theoria* implica negar la reverencia y el respeto ante las cosas. Y es también la negación de la naturaleza del espíritu, ya que para el hombre no se trata “sólo de hacer lo que puede, sino de llegar a ser lo que es”.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> PIEPER: *Was heisst...*, p. 107.